

contingente y ha sido creado por la libertad absoluta de un Dios Omnipotente, no es lícito suponer que esté estructurado de acuerdo con relaciones metafísicamente necesarias. No es preciso, por tanto, admitir otra multiplicidad, más allá de la correspondiente a los individuos; con lo cual el fundamento del conocimiento científico no es otro que el conocimiento experimental. La lógica, a su vez y como instrumento de análisis y de crítica, también procede conforme a una explícita fidelidad al mundo de lo real, obligándonos a relacionar el contenido de las afirmaciones con la efectiva realidad de los individuos.

Si bien en este contexto metodológico las aportaciones de Ockham en torno al surgimiento de la ciencia moderna aparecen hoy como un tema discutido, la autora no duda en señalar que su consideración de la naturaleza en cuanto espacio adecuado para la investigación racional amplía el ámbito de las ideas del siglo XIV, sugiriendo posibilidades distintas de las aristotélicas para la comprensión del universo.

Ahora bien: ¿Vale la pena traducir una obra técnica, tal como esta de Ockham? A menudo se ha tratado la traducción como un menester de menor importancia, y, sin embargo, bien llevada, es labor exigente ya que se trata de una verdadera traslación cuyo cauce es la comprensión que de la *intencio auctoris* ha logrado previamente el traductor; y esto no es nada fácil. Sobre ello, no ha de perderse de vista que el mismo autor original ha debido luchar a veces con las estrecheces impuestas por su propio idioma a un pensamiento que, en la medida de su intimidad y originalidad, busca siempre la libertad de campar por las suyas, libre de esas ataduras a la postre ineludibles. De este modo el texto tal vez no representa estrictamente lo que el autor quiere decir, sino el mejor modo en que logró decirlo. Por su parte, el traductor se ve asimismo obligado a expresarse dentro de los límites de su propio idioma, y conducirse de modo tal que el lector pueda llegar a comprender lo que el traductor estima que dice el autor original. Así, pues, aquí la cosa no es coser y cantar. Y en cuanto a la utilidad que una traducción pudiese tener para el erudito, no se pierda de vista que, de lo dicho, resulta que una buena traducción es en realidad una *interpretación*, pudiendo, en este sentido comportar una ayuda nada despreciable aun para quien lea corrientemente el latín (para el caso).

Pues bien, la traducción de Olga Larre cumple a conciencia con estas exigencias fundamentales, especialmente en lo que se refiere al dominio de la dicha *intencio auctoris*, para el cual se ha venido preparando con diversos trabajos publicados en revistas especializadas; y es buen ejemplo la obra mayor citada al comienzo de nuestro comentario.

J. E. Bolzán



GUDEMAN, Stephen. *The Anthropology of Economy. Community, Market, and Culture*. (Oxford: Blackwell Pub., Malden, 2001), ISBN 0-631-22566-8, 0-631-22567-6.

Stephen Gudeman es Profesor y Director del Departamento de Antropología de la Universidad de Minnesota. Es autor de numerosos libros y artículos en el campo de la antropología de la economía. La disciplina no es nueva; podemos mencionar, entre otros autores, a Plattner, Godelier, Mauss, Gibson-Graham y Gregory. Gudeman hace un enorme esfuerzo de integración de perspectivas de economistas, sociólogos, filósofos, historiadores, geógrafos y feministas con la visión propia de la antropología. En su libro, las afirmaciones teóricas surgen o se van ilustrando con ejemplos históricos o actuales tomados de la antropología cultural. Esto hace que su trabajo sea también muy ameno e interesante.

La economía, sostiene Gudeman, puede ser entendida como una combinación de fuerzas de la comunidad y del mercado. La economía se compone de ambas realidades que están en constante relación. Los procesos co-munitarios son centrales para el mercado. La creación de valor en el mercado depende de la presencia de la comunidad. La relevancia de esta última nos obliga a replantearnos algunas realidades económicas. Los hechos económicos están situados siempre en un contexto de valor. Gudeman define y describe cuatro dominios de valor en los que se dan las relaciones entre el mercado y la comunidad. Los dominios de valor son inconsistentes e inconmensurables. Uno de esos dominios de valor es el que llama «base», fundamento, el que posee un núcleo o «sacra», de cuya participación reside la pertenencia a esa comunidad.

La razón, sostiene Gudeman, es situada, local, social e históricamente dependiente y parte importante de la economía. Esta noción de razón propia de los hechos humanos ha estado presente siempre en la historia del pensamiento desde Aristóteles hasta nuestros días. Para nuestro autor, el regalo y la reciprocidad extienden la «base» a personas que están fuera de la comunidad. El beneficio económico depende de la creación de valor y de las relaciones comunales. El crecimiento económico también depende de la comunidad y la cultura, ya que la innovación tiene un papel crucial en el crecimiento y no puede darse al margen de la comunidad y su cultura. Autores que van de Aristóteles a nuestros días pasando por A. Smith, Marx, K. Polanyi, J. Schumpeter, A. Hirschman, B. Malinowski, por mencionar a los más destacados, se van integrando en la exposición de las ideas mencionadas anteriormente.

Gudeman concluye afirmando: «el modelo de la economía con fuentes múltiples y entrelazadas nos genera incertidumbre acerca de nuestro sistema y nos induce a conocer otros. Dados los legados culturales que hacen que diversos acuerdos coincidan y dados también los equilibrios cambiantes que descartan la posibilidad de una situación estática, no me puedo figurar una utopía o instancia final de la economía. Este libro representa un llamado a la apertura a los valores de la equidad, el mérito y la identidad, al mismo tiempo que la eficiencia, en la economía; y a una apertura con nosotros mismos y los demás, procurando nuevas combinaciones de la comunidad y el mercado que componen la economía. La antropología de la economía, con su visión his-

tórica y atravesada por lo cultural, ofrece las herramientas para encarar esos diálogos e imaginar esos resultados.» (163)

Ricardo F. Crespo

